Arzobispo
Braulio Rodríguez Plaza

Carta semanal

Objetivo de la Cuaresma: la conversión

24 de febrero de 2008

No pocos cristianos de buena voluntad se preguntan por qué la Iglesia se empeña en ordenar muchas cosas tan de cara al pasado. Una de ellas sería la Cuaresma, tan pasada de moda, hace ya tantos años. ¿Para qué sirve la Cuaresma? ¿Qué utilidad se sigue de su celebración? ¿No sería cosa de dejarla en su sitio: en el museo de los recuerdos históricos del cristianismo? Hacer semejante cosa sería un disparate, pero hay que explicar por qué. Nos valemos de la oración del sábado de la primera semana de Cuaresma, pues el centro de esta oración es la palabra latina *converte*: «*Padre eterno, convierte a ti nuestros corazones, para que a nosotros, buscando siempre lo único necesario y ejercitándonos en las obras de caridad, nos concedas/nos proporciones que estemos dedicados a tu culto*».

Esta oración señala la dirección de la conversión: queremos volver a la casa del Padre; la conversión es un retorno. En la conversión buscamos al Padre, la casa del Padre, la patria. Con estas palabras, la oración alude a la parábola del hijo pródigo. Víctima de su arrogancia, perdida la verdad de su ser, se ha exiliado, ha salido fuera de la casa paterna. Olvidado de Dios y de sí mismo, vive lejos del Padre. Lo aceptemos o no, la vida fuera de la verdad es camino que conduce a la muerte; también en su retorno a la patria, el hijo encuentra de nuevo la verdad de su vida. Y este viaje interior llega a su término en la confesión.

En el fondo, la conversión es el descubrimiento de la primacía de Dios: «*Nada se anteponga a las obras de Dios*», decía san Benito; no sólo a los monjes, vale para cualquier cristiano tributar a Dios